

Alfonso Domingo

LA ESTRELLA  
SOLITARIA

algaida  
eco

La novela *La estrella solitaria*, de Alfonso Domingo recibió el VII Premio de Novela Ciudad de Salamanca.

© Alfonso Domingo, 2003  
© Algaida Editores, 2003, 2012  
Avda. San Francisco Javier 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
Composición: Grupo Anaya  
ISBN: 978-84-9877-707-9  
Depósito legal: Na. 3230-2011  
Impresión: Rodesa, S. A.  
31200 Estella (Navarra)  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

I. Manaos, la Dorada .....	13
II. Un caso sensacional .....	45
III. Manaos, la Dorada .....	77
IV. Los señores del río .....	113
V. Días de gloria .....	157
VI. Nace un Estado .....	183
VII. Estado de sitio .....	223
VIII. Música contra la disidencia .....	251
IX. El golpe de fin de siglo .....	283
X. Fin de acto .....	329
XI. El hijo pródigo .....	373
XII. El regreso .....	413
Agradecimientos .....	437



A mi padre Ildefonso, que me  
regaló el amor por las palabras.

A Dacio Mingrone, que me  
enseñó Acre, allá donde esté.

A Tatús Gil, mi mujer, que  
compartió este viaje.





Señor Luis Galvez.  
Expresidente de Acre.

(Foto extraída de *Caras y caretas*, semanario festivo,  
literario, artístico y de actualidades. Año v, núm. 184.  
Buenos Aires, 12 de abril de 1902, pág. 29).

© Biblioteca Nacional de España.





# I

## MANAOS, LA DORADA

**L**A LUZ. SIEMPRE LE DESPERTABA LA LUZ. ERA UNA CLARIDAD pegajosa, envolvente. Sol enardecido, colándose por todas partes, entre cortinas y telas interpuestas. Deslizó los ojos, recién abiertos, por la habitación. A su lado latía un tibio cuerpo de mujer: una figura de pecado con piel de terciopelo, ojos de gitana grande y cabello pelirrojo.

Le llegó su olor. El perfume Houbigant envolvía las sábanas, la mesilla donde se apoyaban las copas y una botella vacía de champán, restos de la madrugada. Aquel derroche era cosa de aquella ciudad exuberante, parte de su esencia, burbuja en medio del calor, el verde acechante y la lluvia torrencial.

Manaos estaba hecha a su medida. Aquella urbe tropical era nueva. No tenía pasado, como los hombres que la habitaban. Lo había percibido desde que llegó, hacía ya dos años. La ciudad vivía un momento único, irrepetible, lleno de pasión: euforia del dinero que crecía y se multiplicaba. Tumbado en la cama, con la sábana cubriendo su cuerpo y el de Ofelia, Luis Gálvez pensó en aquel tren de vida. Cualquiera de sus viejos amigos de Madrid le envidiaría. Administrador de un diario y director de un cabaret. Próximo a cumplir

los treinta y cinco años, sin familia a la que alimentar, libre para los negocios, las andanzas y las mujeres.

Pero él, mirando al techo y a la lámpara de cristal francés de su residencia, sentía que no eran aquellas las aventuras que necesitaba. Era tiempo de hacer algo realmente importante: fortuna pero sobre todo fama. Y si había un lugar y un tiempo precisos para intentarlo, era allí y ahora. Por un momento pensó, mirando a su alrededor, que en aquel ámbito los sentimientos de gloria naufragaban a la menor tentación. Aquella ciudad maldita inculcaba el veneno y proporcionaba después el antídoto.

Se levantó. Hubo un amago, un gemido de Ofelia, la bailarina principal del cabaret, que abrazó la almohada envuelta aún en las telarañas del sueño. La vida es injusta —se dijo— o más bien imperfecta, descuadrada. Aquella mujer le amaba, y él tenía el corazón cerrado, dolorido aún por la huella de un amor que le dejó sin dinero y sin energías, que le hizo caer en un pozo doloroso. Ahora Ofelia, sin ser responsable de aquella historia, pagaba las consecuencias. ¿Por qué las mujeres se enamoran de uno cuando no deben? —cavilaba—. ¿Por qué, a pesar de la indiferencia, siguen apegadas? ¿O quizá se debiera a eso? Les excitaba conquistar el corazón de quien no tenía corazón para ellas... Una cuestión de amor propio.

Misterios del amor y del deseo que de momento no le preocupaban. Había apartado el amor de su vida. No volvería a tener esa fragilidad, se lo había prometido. Esa era tal vez la causa de su éxito entre las mujeres de la ciudad, pensó mientras se lavaba. Les daba pasión, aventura y nada más.

El asunto de su vida era otra cosa. Luis Gálvez se preguntó, mirándose al espejo, si algún día llegaría su oportunidad. Se vistió con sigilo, cruzó la habitación y bajó a desayunar. Era temprano, pero ya había comenzado la actividad. Cuando desplegó el periódico, la primera página del *Comercio de Amazonas* le recordó que aquella mañana llegaba la delegación boliviana y que debía acudir a la recepción oficial en el Palacio de Gobierno. Pero hasta el mediodía se podían hacer muchas cosas. Con ese pensamiento se lanzó a la ciudad, que le esperaba con sus calles abiertas. Corría el mes de diciembre de 1898. Ya se veía el final del siglo.



EN AQUEL TIEMPO, MANAOS PARECÍA EL CENTRO DEL MUNDO. Era, desde luego, el corazón de aquel organismo vivo llamado Amazonas. En aquel laberinto vegetal había siempre un camino para llegar a Manaos, la fabulosa.

Como una gema escondida en el légamo verde, bañada por el río Negro, la ciudad había comenzado a brillar en el último tercio del siglo XIX. Era imán poderoso, pasaporte hacia Eldorado, flor de un día.

En Manaos, la gozosa, florecía la vida, la riqueza, el sueño y el delirio. La muerte estaba prohibida y siempre quedaba lejos. La muerte se dejaba para la selva, que permitía sangrar los árboles de caucho, las seringas, a cambio de un tributo en hombres, como sucedía con los monstruos de los cuentos medievales.

Barroca y prolija, joya entre las marismas, aquella ciudad de la jungla amazónica tenía un sueño. Porque

si a la selva le debía su fama y su fortuna, su corazón no le pertenecía: estaba más allá del inmenso río que la comunicaba con el Atlántico. Latía allende el mar, en Europa y Norteamérica, donde alentaba el progreso y se preparaba el nuevo siglo. A la nueva centuria Manaos contribuía con el caucho. Hacía diez años que un tal Dunlop había inventado el neumático. Después llegó el automóvil: el hombre cabalgaba ya en la velocidad y el vértigo. La sangre blanca de los árboles de seringa sustentaba aquel milagro de la técnica. Allí, en el interior de las florestas, intactas desde hacía milenios, los seringueiros, nuevos merlines, obtenían el caucho para revolucionar la época.

Manaos, la dorada, era una creación del siglo que acababa. Una ciudad edificada sobre un pequeño pueblecito llamado Barra, nacido al calor de un antiguo fortín portugués del siglo XVIII. Después, a lo largo del siglo XIX, llegaron los comerciantes, los buhoneros —mercando pescado seco, huevos de tortuga, zarzaparrilla y nuez del Brasil—, los misioneros, los soldados... La ciudad se llenó de edificios públicos con nombres que las lluvias acababan borrando: Tesorería, Cámara Legislativa, Correos, Aduanas, Presidencia... Antes, sólo indios, los *manaus*. Mucho antes, la sempiterna selva.

Manaos, la gomosa, la tratante atávica, asistió al despertar del negocio del caucho. En 1880, doce toneladas; en 1898, más de veinte mil. El caucho cubría el treinta por ciento de la deuda nacional del Brasil. El descubrimiento del ahumado del látex, que permitía su transporte, y los buques de vapor, capaces de sacarlo desde las más remotas florestas, la hicieron importante. La ciudad se convirtió en el principal puerto del

Amazonas y el silencio se acabó: miles de personas llegadas de todas partes se agitaban en una ininterrumpida algarabía. Así surgió Manaus, la bulliciosa, una inmensa oficina de colocación que requería continuamente operarios para atender la fiebre constructora de la industriosa colmena.

La municipalidad había determinado que todos los dueños de los terrenos baldíos edificaran en un plazo de seis meses y esa exigencia era la causante de una curiosa práctica: como faltaban brazos, se levantaba sólo la fachada de la finca, quedando el resto para ser hecho después. Paseando por las recientes y arboladas calles, al encontrarse con esas fachadas recortadas sobre el cielo de la ciudad, la sensación del recién llegado era la de pasear entre enormes decorados teatrales.

Como un gran escaparate, la urbe era una vitrina permanente que atraía a gente de todo el mundo. Miles de campesinos pobres del nordeste brasileño invadían sus calles. Con ellos, aventureros y trabajadores portugueses, españoles, italianos, ingleses, franceses... Llegaron el acordeón y los puros habanos, que se encendían con billetes de mil reis. En el confín del mundo, una multitud compuesta por albañiles, carpinteros, arquitectos, cocineros, sastres, cantantes, tahúres, prostitutas, abogados, comerciantes, empresarios, capataces, médicos, funcionarios, empleados, colonos, tenderos y escribientes, habitaba ese sueño perdido en la selva tropical. Se oían hablar diez, veinte, quién sabe cuántos idiomas.

La cosmopolita Manaus era una metrópoli con cincuenta mil habitantes vestidos a la moda europea. Un lugar creado para olvidarse de las asperezas selváticas.

Refugio de los barones del caucho, con sus mansiones señoriales, sus parques y sus fuentes barrocas. La ciudad, delirante, giraba al ritmo de la ruleta.

En Manaos, la viciosa, se anunciaban «pensiones estilo francés» que abrían a las cuatro de la tarde con precios fijos. Una noche con una virgen rusa podía costar setenta libras esterlinas. Los potentados dilapidaban contos de reis por las delicias de una bailarina hindú o una princesa malaya. Las cortesanas que se habían hecho famosas por sus habilidades fijaban su propio precio, que gustosamente pagaban caballeros con aspecto de intachables padres de familia.

Manaos, la áurea, la excéntrica. Los negocios se hacían en los salones y en monedas de oro, a la manera antigua. Existían grandes cafés a la europea donde corrían el champán, el whisky y el coñac. En las mansiones, los pianos mecánicos —la última moda— convivían con los clásicos de cola. También había maderas perfumadas, mármoles italianos y arañas de cristal. El consumo de diamantes —que se utilizaban incluso para empastar las muelas— era el más alto del mundo. Mientras, en la calle, un huevo costaba un dólar y un pollo treinta francos.

El día que se inauguraron los primeros tranvías eléctricos, en el teatro Amazonas, recién estrenado, se turnaban tres compañías de ópera. Se multiplicaron los cafés cantantes, los cabarets y los teatros de variedades. Actuaban orquestas y virtuosos solistas de música clásica. También lo harían algunos de los grandes divos de la época. En 1897, Manaos, a mil quinientos kilómetros del Atlántico, llegaba a la altura de Belem cuando la compañía Booth Line —creada para ese

trayecto— inauguró el servicio transatlántico regular con Liverpool. Los cargueros y grandes buques que transportaban en sus bodegas el caucho a Nueva York y a Liverpool regresaban llenos de banqueros, especuladores, jugadores profesionales y hermosas mujeres.

En 1898, el gobernador de Amazonas era el coronel José Ramalho Junior. Nunca fue militar, pero ese título le pertenecía como hacendado y jefe político. Comerciante, barón del caucho, terrateniente, hijo de un famoso constructor de la ciudad, era una figura de la oligarquía local dentro de las familias del Partido Republicano que gobernaba Manaus. Sin embargo, el hacedor de la capital era el presidente del Congreso del Estado de Amazonas, el doctor Eduardo Ribeiro, *el Pensador*. Ribeiro, por cuyas venas corrían torrentes de sangre negra y una sexualidad turbia, llegó a la política desde la carrera militar, donde alcanzó el grado de capitán y profesor de la Escuela de Guerra de Río de Janeiro. Fue gobernador en 1892, cuando comenzó a equiparse la ciudad y se jactaba de haber convertido un pueblo en una ciudad moderna, aunque en ese empeño se hubiera creado algunos enemigos. Los Neri, provenientes de Belem, componían otra de las familias de esa reciente creada oligarquía, con representantes en el comercio, el clero, la abogacía, el periodismo y la política. De entre ellos destacaba el ambicioso Silveiro, que esperaba impaciente el momento del pactado turno en el poder.

Un poder apetecible. El tesoro nadaba en la abundancia que le proporcionaban setenta millones de seringas en tres millones de kilómetros cuadrados de selva. Había donde meter las manos. Desde el Mara-

ñón, el Ucayali, el Putumayo peruanos, el Napo ecuatoriano, el Caquetá colombiano, el Acre boliviano, el Madeira, el Purús y el río Negro brasileños, la goma elástica confluía como sangre por las venas abiertas de los ríos hacia Manaos. De todas las resinas de las *heveae Brasilenses*, la reina era la llamada «acre fina». Gracias a sus reservas, que parecían inagotables, Acre se erigió como el Eldorado del caucho, y Manaos y Belem, en sus guardianes.

La capital de Amazonas había llegado a ser lo que era por lo que en el fondo odiaba: la selva, el río, la sangre de un árbol. Curioso devaneo, contradicción profunda del mito con pies de barro, o dicho de otra forma, con pies de explotación y barbarie, la ejercida con miles de indios y seringueiros esclavizados, con el resultado conocido de muerte entre el silencio del corazón verde. La selva guardaba el secreto de los que morían. Ellos cambiaban su sangre y su vida por aquella milagrosa leche que los indios arrancaban a un árbol que lloraba.

Belem, capital del Estado de Pará, en la desembocadura del Amazonas, ciudad antigua y cosmopolita, con dinero y clase, veía con preocupación el ascenso de Manaos y las casas comerciales del Estado de Amazonas. Como ellas, las casas comerciales de Belem do Pará dependían de Acre, un territorio situado en lo más profundo del oeste amazónico, a miles de kilómetros de ninguna parte, comunicado por los ríos Purús y Acre durante la mitad de los meses del año. Un lugar ignoto en una selva remota que formalmente era territorio boliviano. Era mucho dinero el que se podía arrancar de aquel pedazo de tierra, inclinado hacia la hoya



amazónica y la salida al mar, y de muy difícil comunicación con el altiplano. Acre en realidad era casi parte de Brasil. Pero Bolivia, apoyada en la razón, la economía y los tratados internacionales, se disponía a hurtar la codiciada presa: un territorio de imprecisos límites donde los ríos dibujaban caprichosas geografías. Acre era pura filigrana de curvas y recodos. Un mundo bárbaro, rudo, áspero, bronco, un mundo primitivo de sangre y alimañas, fiebres, sumisión y muerte.

Acre amargo.



SILBÓ LA SIRENA DEL BUQUE. JUNTO AL OSCURO HUMO DE LA chimenea, chorros de blanco vapor se escapaban cielo arriba en el puerto de Manaos. El *Río Tapajós*, navío de la Compañía de Amazonas, echó el ancla en la bahía del río Negro. Llegaba desde Belem, de donde había salido cinco días antes, fletado por el consulado de Bolivia.

Don José Paravicini, el embajador y ministro plenipotenciario de Bolivia en Brasil, de pie en la cubierta, impecablemente vestido a pesar del sofocante calor que le fundía por dentro y que le empapaba la camisa y el almidonado cuello duro, miraba receloso la ciudad que tantas expectativas despertaba en el mundo. El embajador boliviano, con toda su comitiva, iba a tomar posesión de las lejanas tierras del territorio de Acre y a imponer las leyes y, sobre todo, los impuestos de su país, a los recolectores de caucho de aquella región. Casi todos los patronos que explotaban el llamado *País de la Goma* eran brasileños, por lo que la pren-

sa, la ciudadanía, y el comercio de las ciudades de Belem y Manaos, veían con recelo aquella expedición.

Al lado de Paravicini se hallaban Moisés Santiviáñez, cónsul de Bolivia en Belem y Guillermo Uthhoff, español de origen alemán, nombrado por los bolivianos comandante de fronteras de Acre. Detrás de ellos se escalonaba el resto de los funcionarios. Todos especulaban con el recibimiento del gobernador de Amazonas. El coronel José Cardoso Ramalho Junior siempre había sido contrario a la presencia boliviana en Acre. En el remoto territorio no había un solo funcionario del país andino. Las cosas iban a cambiar a partir de entonces y los bolivianos estaban preparados para ser recibidos con hostilidad en la capital del Estado de Amazonas.

Tal vez por eso, cuando desembarcaron en el muelle de Manaos, no salían de su asombro y se miraban incrédulos. El espectacular recibimiento comenzó con banda de música y regimiento de lanceros. En varios cupés y coches de caballos los bolivianos fueron conducidos hasta el Palacio del Gobierno, donde estaba preparada la recepción oficial. A Ramalho Junior, el gobernador del Estado de Amazonas, no le gustaba lo más mínimo aquella expedición de la delegación boliviana a Acre, pero había decidido mantenerse a la expectativa y orquestar una cálida acogida siguiendo las instrucciones del gobierno federal brasileño.

Se lanzaron brindis por los dos países, en salones recién estrenados. Los camareros, vestidos de librea, repartían copas de champán en bandejas repujadas en oro y plata. Las lámparas de fino cristal veneciano, las

estatuas y los relojes de bronce relucían con brillos plateados y dorados.

—No, no quiero más champán, la cabeza me estalla. Tengo una resaca monstruosa —el que así se quejaba era Alberto Silveira, redactor jefe del *Comercio de Amazonas*, un figurín de engominado cabello negro.

—No me extraña. *Madame* Eugenie me ha dicho esta mañana que se habían bebido ustedes veinte botellas antes de cerrar el local.

—No sólo fuimos nosotros. Todo el gabinete de Ramalho se pasó por el New Club. La culpa la tienen las nuevas bailarinas... Y eso que llegamos tarde, supongo que ya le habrán contado...

El interlocutor de Silveira era Luis Gálvez, director del restaurante cabaret New Club y administrador además del *Comercio de Amazonas*. Ambos habían quedado en la recepción, porque el español hablaba el mismo idioma que los bolivianos y podía ayudarle a Silveira en las entrevistas.

Vestido con elegancia, conocedor del mundo social y de sus costumbres, Gálvez parecía nadar en su elemento. Ya se había fijado en un rostro rubio que sobresalía por encima de todos los que allí se encontraban. Aquel hombre, de porte atlético y cara redonda y maciza, tenía para el español un aire demasiado familiar. Esa mirada le era conocida. Tuvo una corazonada y acudió a preguntar al secretario del gobernador.

—¡Señor Gálvez! ¡No lo vi ayer en el New Club! —le saludó el funcionario.

—Tuve que cuadrar las cuentas del periódico. Creo que fue una noche movida.

—Y qué lo diga. Aún tengo vértigo...

—Y yo curiosidad. ¿Quién es ese extranjero que viene con la delegación de Bolivia?

—¿Ese gigante...? Es el comandante de fronteras. Compatriota suyo, aunque es un español de apellido raro. Un tal Uhthoff.

Guillermo Uhthoff. No podía ser otro. Habían pasado más de veinte años desde la última vez que lo viera en Madrid como un joven prometedor. De niños habían jugado en Cádiz y San Fernando, debido a la amistad de sus respectivos padres, don José Gálvez, auditor de Marina y don Federico Uhthoff, cónsul de Prusia y comerciante en Cádiz. En aquellos juegos infantiles, con gorros de plumas blancas de los cadetes prusianos y espadines de madera, era Guillermo el que, por edad y corpulencia, llevaba la voz cantante y desplegabá hacia Luis un sentimiento de protección. Años más tarde, en 1868, el año de la revolución gloriosa, don José Gálvez fue trasladado a Madrid. A partir de entonces, y hasta poco antes de su muerte, en 1888, Don Federico Uhthoff siempre pasaba a saludar a don José cuando tenía que visitar la capital de España. Luis Gálvez recordó la última ocasión en que había visto a Guillermo. Gracias a las influencias paternas y al dominio de los idiomas, Uhthoff había ingresado en la carrera diplomática y marchaba hacia su primer destino en Berlín. Luis tenía catorce años, seis menos que Guillermo, y su ilusión era entrar en la Academia Militar. Desde aquel día de primavera, en el que charlaron de sus proyectos, no habían vuelto a verse. Gálvez, adolescente y lleno de sueños, pensó que ser diplomático era una buena profesión si no se podía ser militar.